

Los golfos del centro

Prado G., Gloria

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/462>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LOS GOLFOS DEL CENTRO

Hace algunos meses Norma Segovia, que como todos sabemos es coordinadora y profesora de la maestría en Letras Iberoamericanas de la UIA-GC y candidata al doctorado en Letras Modernas del plantel Santa Fe, me pidió una colaboración para la revista de esa maestría, *Los Golfos del Centro*. Me explicó que es una publicación que se desprende de la maestría y busca transmitir inquietudes, propuestas, puntos de vista de sus maestros y alumnos.

Quedé sorprendida y encantada pues el verano antepasado había impartido un curso de teoría literaria para los estudiantes de este programa. Acepté con júbilo y le di a Norma escritos para que el consejo editorial eligiera alguno. Tiempo después, por el mismo conducto, llegó un ejemplar a mis manos del número 2 de la revista. Simultáneamente la propia Norma me invitó a participar en la presentación del número. Como el proyecto me entusiasma y resulta difícil, casi imposible, negarse a una petición de Norma, heme aquí sin saber con precisión o certeza lo que voy a decir.

Lo primero que se me ocurrió al leer el nombre de la revista fue —más allá de la explicación lógica, resultante de relacionarlo de manera lúdica con el apelativo del campus al que se adscribe— asociarlo no sé si libremente por la posible imposibilidad de esta expectativa, con el hoy en día tan llevado y traído término de “centro”, asociación a la que rápidamente se añadió la fantasía de la centralidad de uno, qué digo, varios golfos. Lo que trajo como resultado que concibiera e incluso trazara un mapa imaginario en el que aparecían golfos en el centro... ¿pero en el centro de qué? Un centro desde el que se desplazarán

corrientes diversas, poderosas, que cambiaran de continuo traicionando así esa centralidad al desprenderse indefectiblemente de ella. Luego, los golfos... casi clausos pero salvados gracias a esa pequeña abertura que los libera asimismo de la cancelación total y, paradójicamente, los abre a la inmensidad oceánica. Como si una serpiente me hubiera traspasado con su mirada, quedé fascinada por la imagen. ¿De qué manera pueden estar los golfos en el centro? Poco a poco fui vislumbrando en el mapa lo que podría constituir, y después lo constaté, aquel centro: la expresión, la creación literaria y sus alrededores. Resultaba entonces que lo situado en los márgenes se colocaba en el centro. Pero ¿por qué considerar marginal a la literatura? Como resultado de una experiencia vivida a lo largo de muchos años, desde los de estudio hasta los de la academia y los de las distintas gestiones administrativas de lo académico. Las letras ocupaban siempre un lugar secundario, de segundo orden, aseguraban algunos, carente de relevancia y de presencia significativa en el contexto universitario, y cuando se lograba conferirles importancia era sólo a las clásicas. Las restantes, y especialmente las iberoamericanas, eran vistas en el mejor de los casos con cierta condescendencia y desde las alturas habitadas por la filosofía, la teología, la historia incluso, o bien desde el pragmatismo de las disciplinas económico-administrativas. ¡De manera que los márgenes, ahora golfos, se trasmutaban en centro! Al comenzar a leer la revista supe que justamente era éste su planteamiento fundante:

Escribir, pensar sobre la literatura: la que con humildad tratamos de producir y la que los genios que nos dieron (dan) patria y continente —literario— generaron (generan). Que no nos pidan hablar de otra cosa, porque al menos la literatura nos gusta, aunque no sepamos tanto. [...] Nos interesa preguntarnos la literatura y, desde la literatura, inquirir nuestro quehacer diario. Ya sabemos que muchos opinan que la literatura “no sirve de nada”; sin embargo, nos consta de muchos que se han atrevido a soñar y, al darle sentido a sus propios símbolos en un poema, un cuento, un ensayo o una novela, han cambiado su vida o la de otros. *La redacción*, 2.

En cuanto leí el testimonio de la redacción a manera de editorial supe que estaba pisando aquellos terrenos en los que me muevo, en los

que me he movido siempre, y me dije: bueno, justamente es aquí donde se dirime mi vida, es aquí donde se constituye en centro. Continué leyendo. Una gran ironía y un tono festivo continúa en la segunda de las dos inserciones de la redacción: el “Rincón de los Resentidos”, tanto en lo relativo a la concepción y el lugar de la literatura como respecto a la situación social, política y económica del país, lo que de entrada marca una postura específica de involucramiento y de compromiso que desmiente a quienes aseguran que las personas dedicadas a la literatura viven en la enajenación total haciendo cabriolas dentro de un mundo imaginario, ficticio, separado por completo de la realidad.

Al continuar leyéndola nos percatamos de que la revista está configurada justamente por las dos instancias que hacen la literatura: la creación y la recepción, y derivado de ésta, el efecto. Seis ensayos de crítica literaria concebidos desde diferentes ángulos de visión constituyen la parte receptiva y crítica. Once textos, la creativa: ocho cuentos, un poema y dos escritos de ficción. Se trata pues, de una plataforma para darle curso a la creación tanto de manera directa como indirecta, a través del comentario, la reseña o el diálogo.

De los ocho cuentos tres son los ganadores del primero, segundo y tercer lugar del concurso de cuento, lo que añade un valor agregado a la revista como órgano de publicación y difusión de la escritura creativa de quienes participan haciéndolo posible. A uno más le fue otorgada una mención honorífica en el XXXV Concurso Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés en noviembre de 1996.

Resulta altamente significativo que la temática de los relatos se escinda entre un mundo de jóvenes que escuchan música rock, jazz o blues mientras se drogan fumando mariguana o inhalando coca y bebiendo alcohol, jóvenes universitarios ciudadanos y personajes pertenecientes a otros estratos sociales ya de la ciudad, ya rurales. En ambos casos la literatura precedente deja su impronta: la ondera o la rulfiana. Hay poco registro fantástico, más bien un realismo crudo, desilusionado y desilusionante traspasado por la muerte cabalgante, insoslayable. Wolfgang Iser, el teórico de la recepción, afirma en *El acto de leer*, que el repertorio del texto literario está constituido por la literatura precedente y los sistemas de sentido dominantes en el entorno del autor real, empírico, del texto. Nada resulta más constatable y exacto que esta propuesta en *Los Golfos del Centro*.

“Pido un aplauso para el amor”, de Juan Ángel Espinoza de los Monteros, (primer lugar en el concurso de cuento); “Fiebre de jueves por la noche”, de Rosa Quintanilla (segundo lugar en el concurso), “Little blue blues” de Sergio J. Monreal, corporeizan el primer grupo, el de ecos onderos, lo cual resulta bastante sorprendente en estos momentos en que se pensaría que tal visión estaría más que abandonada y, sin embargo, se replantea no sólo como actual sino incluso tema de creación literaria que estremece, hace posibles los juegos de lenguaje y da pie para la denuncia más allá de la pura o exquisita creatividad artística. Y puesto que desde el comienzo ésta es la tónica de la revista, se revela cabalmente pertinente. En una línea muy próxima a ésta se situarían los relatos clasificados como “ficción” escritos por dos profesores de la maestría: “No puedo aplazar el amor”, de Norma Segovia, y “Variaciones en torno a un tema de Chejov”, de Renato Prada Oropeza. El primero, aun cuando no incide en el tema de la juventud casi sin ideales y alicientes, para la que las drogas, la música y el alcohol significan posibles puntos de fuga ante la soledad, el absurdo, el sinsentido, sí se relaciona con estos tres últimos aspectos. La muerte en la forma de homicidio, apareada a Eros, se ensoñorea y triunfa en la cima de lo inexplicable. En el relato de ficción de Prada Oropeza, por su parte, pese a que no incurre en el asesinato o en el suicidio, la muerte no deja de acechar precisamente desde la derrota, la pobreza, el resentimiento social y el absurdo de las vidas fracasadas. De alguna manera la sed de venganza permea los trilogía de relatos que constituyen al texto total, los que además se vinculan por situaciones existenciales análogas: compañeros de estudios o de escuela que se reencuentran después de algún tiempo y, mientras unos tienen un relativo y mediocre éxito otros sobreviven en la absoluta pobreza de toda índole. Justamente la mediocridad y la falta de expectativas más ambiciosas, aún para los supuestamente triunfantes: el que será secretario particular de un funcionario de segunda, la querida de un diputado irrelevante y el agente viajero vendedor de Marmilla y Rochi, “la industria creada sólo para ofrecer confort, estimada señora”... que no logra vender absolutamente nada y que no trae en la cartera más que la cantidad de dinero justa para el viaje de regreso y un boleto para el metro.

“Despedida”, el cuento escrito por José Antonio Luna Alarcón, se

inscribe a sí mismo en este primer grupo, muy cercano al relato de ficción de Norma Segovia, pero exactamente opuesto a la resolución de éste. Aquí el amor que pareciera imposible, el de una prostituta hacia el viajero de paso en un pequeño poblado, se apodera de ambos para, tras brindarle una vivencia de enorme ternura, quedarse en la más absoluta soledad, peor aún que la del principio, puesto que ahora han disfrutado por breve tiempo del encuentro, la compañía y las caricias en esos cuerpos huérfanos de amor y acogimiento.

La otra vertiente, la de nostalgias rulfianas y registros fantásticos, mucho menor en cantidad pero que no repercute en detrimento de la calidad literaria, se encarna en tres relatos: “El congelador de imágenes”, de Gilda Marta Vela, tercer lugar en el premio de cuento; “Vida después de la vida”, de Maribel Vázquez, y “Lunes de chicles”, de la misma autora. En ellos la locura es la que campea, ya sea la de Lencha, quien recoge los lunes chicles pegados sobre el suelo, que los paseantes domingueros han escupido, para saborearlos y saber de toda clases de sensaciones, la metamorfosis después de la muerte en insectos (semejante a aquél en que Gregorio Samsa se convierte) o la demencia senil (otra forma de locura) del hombre sin nombre que había llegado hace mucho tiempo a la Quimera, la finca aldeaña a la Querencia con

su saco cargado de recuerdos [...] del cual fueron saliendo una a una las imágenes congeladas: corceles de colores brillantes que galopaban por praderas blanquecinas, niñas vestidas de blanco llevadas al patíbulo con grilletes en manos y pies; pozos profundos de los que bullían ánimas en pena; estatuas de piedra animada; cabezas cercenadas que flotaban en aguas estancadas; tesoros no descubiertos.

Y para cerrar la sección de creación literaria, el relato de Francisco López Ruiz, “Rapsodia de la urraca ladrona (o que Rossini nos perdone)”, y el poema “A Rebeca”, de Daniel Morales, constituyen dos escritos un tanto cuanto solitarios en el contexto de la revista. No por ello están fuera de lugar, la “Rapsodia...” es un cuento extraño, en el que se juega ostensiblemente con lenguas distintas, registros de otras artes, obviamente la ópera, y desde un ritmo que emana la música misma y se sitúa en el contexto del mundo de la interpretación musical operística. Casi se podría asegurar que cumple con

las propuestas bajtianas: plurilingüístico, polifónico y plurivocal. Su referente explícito, como en el caso de Prada Oropeza es Chejov, es tal como el título lo dice, Rossini. "A Rebeca" es un breve poema transido de nostalgia y abandono, y de nuevo, con la presencia de la muerte y la soledad, construido principalmente a partir de imágenes, metonimias y metáforas originales y de arrebatador lirismo.

Como se ha podido apreciar a lo largo de este apresurado recorrido, los relatos que ocupan la parte mayoritaria de la revista, no sólo por su temática sino también por la problemática implícita en ellos, adquieren una dimensión elocuente y significativa. Temática y problemática que tomadas de la mano van haciendo una denuncia de la situación social en México, tanto de la ciudad como del campo, que cala en lo más profundo de las limitaciones como país y como individuos conformantes del mismo. Pero no se limitan a realizar tal denuncia, la elección que se ha hecho crea una muestra de arte y artificio literario donde indudablemente hay oficio, sensibilidad y manejo del lenguaje poético. Pienso que la selección ha sido muy afortunada y le ha impreso a la publicación una textura de real calidad literaria.

En cuanto al otro registro, el crítico, lo constituyen seis ensayos diversos en su enfoque y planteamiento. "De cómo usar el sentido común", de José Morales Melo; "Literatura y 'realidad'", de Francisco López Ruiz, y "Del epígrafe", de Gabriel Wolfson, que como sus nombres lo indican, tratan sobre aspectos más amplios y generales relativos al fenómeno literario, en tanto que los tres restantes: "Una lectura de *Aprendizaje* o *El libro de los placeres* de Clarice Lispector", de Norma Segovia; "Susana San Juan, un símbolo o cómo desnudar a un personaje haciendo uso del psicoanálisis", escrito por Günther Petrak, y "La muerte y la doncella", de Gloria Prado, son estudios particulares sobre obras literarias específicas de dos escritores mexicanos (una mujer y un hombre) y una brasileña.

El ensayo escrito por Norma Segovia versa, como su nombre lo dice, acerca de una novela de Clarice Lispector, *Aprendizaje* o *El libro de los placeres*. Comienza con una noticia bibliográfica de la escritora brasileña para continuar con una aproximación hermenéutica al texto en cuestión. La autora del ensayo afirma:

El tema fundamental de la novela de Lispector es el aprender a ser. Dentro de este aprendizaje hay matices y soportes que ayudan al proceso. Algunos de éstos pueden ser el amor, el dolor, la reverencia y el asombro ante las sucesivas epifanías, el silencio, la búsqueda constante de la interioridad, la valentía de no cejar ante la ardua tarea iniciada, la vida en pareja, el mutuo don graduado y el constante y sorpresivo descubrimiento. (p.12)

Acto seguido, realizará un análisis literario de la textualidad destacando los rasgos propiamente literarios de su configuración, entre los que destaca las figuras retóricas o poéticas que constituyen principalmente: la familia de la paradoja, metáforas, prosopopeyas y símiles. Norma concluye que, como la obra de Lispector, la vida se mantiene en suspenso.

sabiendo que sigue, que el camino se recorre todos los días y que cada mañana hay que volver a dar el primer paso, dejar el alma suspendida. Suspendida en emociones diversas, en reflexiones a medio esbozar, en horizontes sin delimitar. Es bueno acordarse con Lori: “Llegué a la puerta del comienzo” para poder repetir con Ulises cada minuto, cada día: “Tengo que no indagar en el misterio para no traicionar el milagro”.

El ensayo está concebido desde una de las principales plataformas teóricas y de puesta en práctica de la actual crítica literaria, la hermenéutica.

Frente a éste, el escrito de Günther Petrak, “Susana San Juan, un símbolo o cómo desnudar un personaje haciendo uso del psicoanálisis”, se ubica desde otra postura asimismo de gran actualidad en la crítica y la teoría literarias, la de la psicocrítica. Y aquí se plantea la ya vieja discusión de si es posible trasladar las propuestas del psicoanálisis en cualquiera de sus modalidades a la literatura, a guisa de instrumento teórico práctico con el objeto de realizar crítica literaria. El propio autor afirma:

La idea de psicoanalizar un texto literario puede sonar a broma porque el texto literario no es un proceso anímico ni una perturbación neurótica que se pueda curar. Tampoco puede hablarse, en el sentido estricto del término, de una “personalidad” o “psicología del personaje”, porque los personajes carecen de psiquis del mismo modo que carecen

de cuerpo. No obstante, el psicoanálisis, gracias en particular a los estudios de Jacques Lacan, ha devenido en una herramienta muy útil para facilitar la comprensión de los códigos literarios y el valor de los significantes en ellos. (p.17)

Y continúa asegurando, con lo que yo estaría totalmente de acuerdo, que lo que comúnmente se llama “psicología del personaje”

es en realidad una configuración o estructura verbal conseguida a través de la representación de acciones y la enunciación de rasgos descriptivos cuyo referente puede ser la realidad externa al texto, pero que finalmente contemplan una serie de reglas de organización y uso de la lengua. (p.17)

Tras hacer este abordaje, Günther tocará un registro semiótico y posteriormente uno hermenéutico, interesantísimos los tres como medios de aproximación y comprensión de la obra literaria, de su concepción, de su textura y como sistema signico, simbólico y poético.

El tercer ensayo de crítica literaria, “La muerte y la doncella”, de quien esto escribe, consiste en un acercamiento a la más reciente novela publicada por Aline Pettersson, quien a pesar de su nombre es una escritora mexicana, con una obra que aunque recoleta es ya vasta. Escribe novela, relatos, poemarios y literatura para niños, además de ensayo y crítica literaria. Es una de las más reconocidas escritoras contemporáneas. La novela en cuestión que en el ensayo se aborda es *La noche da las hormigas* (Alfaguara, 1997) y constituye una cima en su creación poética. En ella, a través de dos discursos contrapuestos, el del científico, un médico, y el de su amante, una tejedora de tapices artísticos, lírico, erótico, apasionado y con raíces míticas griegas, se va justamente tejiendo, tramando una textualidad en la que Eros y Tanathos campean y triunfan sobre la vida y el amor, mas no sobre el arte. La aproximación crítica al texto es de índole hermenéutica y el ensayo se perfila como la resultante del análisis, la interpretación y la reflexión acerca del entramado del discurso científico con el poético.

Para concluir esta relación de la revista, que va resultando ya demasiado larga, me referiré brevemente a los tres ensayos restantes para no omitir ninguno de los textos que la constituyen.

“De cómo usar el sentido común”, de José Morales, aborda aquel concepto del que todos creemos tener un conocimiento preciso y exacto, el sentido común. Elige la propuesta que Vico hace al respecto:

Por tanto, podemos decir de las personas —con sentido común— que suelen ser casi siempre acérrimos conformistas, reaccionarios, antiprogresistas, suelen verse proyectados hacia esa áurea mediocridad que corta las alas...ante toda renovación.

La obra de arte tiene que ser descifrable por medio del sentido común, pero también tiene que ser contraria al mismo [afirma el autor del ensayo] debe construir un desafío al sentido común. Sobre todo ahora que el conformismo artístico suele verse dividido por el conformismo ético y político. De ahí que la aparición de un arte anticonformista suela escandalizar a sus usufructuarios dotados de un sentido ético-social.

Lo que lleva al ensayista a plantear (se) la pregunta de si el arte siempre contrasta con el sentido común de su época. Para concluir que

en el arte el sentido común debe respetarse. Pero hasta cierto límite. Si nos excedemos en este sentido acabaremos en esos mismos tópicos o lugares comunes que tan deleznable hemos encontrado (...) Y esto explica por qué conviene a veces al *no sense* (sin sentido), al menos en lo que al arte se refiere. Es decir, conviene acudir a lo opuesto de lo que es sentido común, único modo de vencer los tópicos por medio de un absurdo que se transformará en novedad creativa.

“Literatura y realidad”, el ensayo de Francisco López Ruiz, sostiene que:

El valor literario de la narrativa se independiza de su compromiso de la realidad “objetiva”. Al considerar la literatura como un fenómeno artístico, se asume que su orientación es, sobre todo, estética. El mérito de un texto literario no reside en su “utilidad” como herramienta social, política, religiosa o didáctica, aunque eventualmente manifiesta virtudes en este sentido. Su valor no se encuentra tampoco en la manera como coincide, corrobora y se ajusta a una realidad externa comprobable “objetiva”. Por tanto, el texto narrativo no se somete a la verificación de su propuesta bajo las afirmaciones de “verdadero” o “falso”. (p.24). Porque la literatura tiende a la ambigüedad. Su ideal es prestarse a una serie infinita, libre de interpretaciones. (p.25)

Y citando a Borges, tras analizar y hacer una crítica literaria rica de obras de escritores ya clásicos, concluye: “más que lo históricamente exacto, lo simbólicamente verdadero.” (p.29)

Por último, e irónicamente, el ensayo de Gabriel Wolfson, que cierra el número, versa sobre el epígrafe. Parte desde la etimología del término y en un *divertimento* pletórico de la ironía, que continúa su posicionamiento en *Los Golfos del Centro*, y de espíritu festivo, dará cuenta y recomendará el uso del epígrafe. Concluirá: “por eso recurre siempre al epígrafe de un gran autor”. Enunciado que cierra y abre oximorónicamente el número 2 de *Los Golfos del Centro*, que de esta manera queda rotundo en su apareamiento entre la creación y la recepción literarias, posibilidad única de que la literatura lo sea, se realice y se consume.

Gloria Prado